



Autores y Libros

En el Ojo de la Tormenta

Devorador de toda clase de materias lípidas y escanciador infatigable de elementos líquidos, Juan Rubén Valenzuela denuncia una suerte de mezcla a la chilena de Rabelais con Quevedo. Según el decir antiguo, come cerdo y lo convierte en Pantagruel. El mismo se hace llamar "Pantagruel" en las crónicas de cocina y bodega que escribe en este diario. Comparto, en cierto modo, la responsabilidad de su descubrimiento. La idea de su especialización en "Condamios y picadas" salió de mi catre en los días en que me desempeñaba como jefe de Redacción. No abjuró de su presencia. Me traía versos a título de colaborador. Le recomendé que los versos los pusiera en prosa a manera de carta de menú.

Hay en Valenzuela una hebra de narrador curtido en las esquinas salvajes y sentimentales de la periferia. Sabía penetrar con técnica espontánea, satírica y sabrosa en los meandros oscuros de lugares misteriosos y lupanares clandestinos. En suma, acumulaba experiencias y vividuras. Empleaba el adjetivo en forma insolita. Esto lo acercaba por vía inesperada a Borges. Su erudición partía del conocimiento sanguíneo y sustancial de la obra de Cervantes. La picaresca lo tentaba. Los personajes que se mueven y que a veces se inmovilizan hasta la coagulación en su novela "En el ojo de la tormenta" (Ediciones Rumbos, Santiago, 1989) constituyen articulaciones de la picaresca urbana. La armadura de su libro obedece en alto grado a los procedimientos rituales de la novela realista que fomentaron Juan Godoy, Nicomedes Guzmán, Juan Modesto Castro y otros de semejante grey. Funde, sin embargo, con facilidad aquellos momentos vitales de su formación con un "conceptismo" barroco que arranca de lecturas de bibliotecas y no del influjo aleatoriamente sentimental del barrio.

Sus individuos incurrían con frecuencia en el maniqueísmo y en el discurso pseudofilosófico y de origen harto discutible que engolosinaba a menudo al hoy finado Henry Miller. Gastrónomo acuciado más por la exigencia de la gula brutal que por el apetito prerrafaelista del esteta avizor, Juan Rubén Valenzuela se despoja, casi a sabiendas, de la conciencia social que nutre a veces hasta los topes el destino histórico del narrador de la nuda persistencia suburbana. Imperdonable se torna este rasgo



Juan Rubén Valenzuela.

en ocasiones. Sobre todo en la ocasión del comentario que suscita el encuentro en la calle de una nueva realidad. Crítico ácido, acerbo, de su propio existir, propone páginas de terror que evocan el estilo cinematográfico de Brian de Palma: "Muchas horas me retorci en el lecho sin dormir. La convicción de haber caído en una trampa me desveló. Aquel sombrío edificio, de largos corredores y galerías donde los pasos no resonaban, absorbidos por un material plástico que imitaba baldosas oscuras y de curiosos arabescos, encerraba una atmósfera inquietante, amedrentadora, plena de presagios funestos. Sobre este piso fantasmagórico veía circular silentes enfermeras y vi pasar gente inexpressiva y etérea, tal vez proveniente de otro mundo. La sorpresa de haber caído en un Buchenwald donde se entraña y no se salía se clavó en mí, y recordé el espeluznante caso de un médico asesino que descuartizaba moribundos en su clínica privada para experimentar con órganos recién extraídos, aún palpitantes..." (p. 144.)

Corregido con batutazos de mala ley, el volumen, infortunadamente, abunda en erratas de este jaez: "Hasta el momento yo había vivido una ficra

independencia, sin amos ni *anadurax*, sin editores ni gente que me leyera..." (p. 127). Publicar presupone el concurso de un editor, y con el editor aparecen la errata, la gloria o la iniquidad. Se acaba el tiempo de escoger. En ésta, su primera novela, "Pantagruel" (con anterioridad había dado a la luz dos libros de cuentos) demuestra una enérgica afición por la pintura de la iniquidad.

"CONTRAHABLA", DE MARCOS LÓPEZ

En "Contrahabla" (Ediciones del Realismo Simbólico, Santiago, 1989), Marcos López, nacido en 1964, se sienta "en el" piano Steinway, no "ante" el piano Steinway, e interpreta diversas melodías. Calcúlese de este modo el proyecto de originalidad que su libro representa. Marcos López, a tan corta edad, ha leído mucho y ha escrito mucho. Sus tiradas líricas se engarzan fuera del efecto común. Si otros se han desvelado por el prurito de la originalidad, ¿por qué no desvelarse él también por el prurito de la originalidad? En "El Poema del Dolor", dedicado a Pierre Unik, escribe, entre otras cosas: "El dolor caminando en el borde del rubí/ El dolor en las copas de los árboles mecánicas/ Las mansiones etruscas del dolor/ Las manos delirantes y frenéticas del dolor daga que degüella/ Los cielos distantes donde se dibuja el atributo/ La purgación del espíritu su madre defeca flores en el nicho/ Los puertos que el ojo no ve pero oye/ Las barcas que llegan al puerto de supra/ El dolor mamando de la teta mariana/ La flauta de las prisiones..."

En fin, hay más. Bastante más. Terrible, doloroso, peligroso. ¿Qué pasaría si se aprobara una suerte de Ley de Seguridad Interior de la Poesía? T. S. Eliot, después de sus delirios, postulaba la necesidad de una poesía sometida a los más estrictos rigores del régimen tradicional. Era banquero. Marcos López vindica los violentos juegos funerarios del surrealismo; resucita a Jorge Cáceres, a Carlos de Rokha, a Gustavo Ossorio, Lautréamont, Breton, Péret, Artaud, en medio de todo. En un gobierno de dictadura poética, Marcos López estaría preso por "maltrato de obra a la tradición".

● FILEBO

1925

En el ojo de la tormenta [artículo] Filebo.

Libros y documentos

AUTORÍA

Filebo

FECHA DE PUBLICACIÓN

1989

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

En el ojo de la tormenta [artículo] Filebo. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile